

DANTE ALIGHIERI, VALLE INCLÁN Y PEDRO COBOS: TRES VIAJEROS AL INTERIOR DEL HOMBRE

SANTIAGO DELGADO

ACEPTO el reto de quien, sonriente y conspicuo, se acerque al presente trabajo con la sana intención de constatar la exageración comparativa del título. ¿Qué hace un escritor contemporáneo, recientemente desaparecido, murciano por más señas, compartiendo letra de imprenta con el inmortal florentino y el eximio gallego? Léase a los tres autores, consecutivamente, y hágase el balance. Se garantiza el resultado. De esa manera, además excusado queda el firmante de desarrollar el tema. Al firmante le divierte muchísimo más imaginar a los tres autores departiendo sobre sus peripecias viajeras por el trasmundo, el uno; por la noche madrileña de brillo, miseria y hambre, el otro; y por el paseo camionero y andariego de la geografía murciana de su libro "La Vida Perdularia", el tercero. Además, cabe imaginar también que la estrella de la reunión habría de ser nuestro amigo Pedro Cobos. Por dos cosas, porque es quien trae la novedad y porque entre un gallego, poco hablador y desconfiado; y un florentino resentido, ávido de conocer si el recién llegado es alma de cielo o carne de infierno, ojo avizor por tanto, triunfaría —sin duda de ninguna clase— la facundia e ingenio de nuestro vecino que lo fue del Camino de Santa Catalina del Monte de Santo Ángel. Previamente, y a la entrada de los muy paganos Campos Elíseos, habrá podido tener lugar la siguiente escena, a la que no adornamos de acotaciones, mitad por legítima vagancia, mitad por obvias:

PEDRO COBOS.— Bueno, pues ya estamos... Bah, tampoco es esto nada del otro mundo, los Campos Elíseos, nada menos...

VALLE INCLÁN.— Buenoz días, hidalgo. ¿Ez uzté nuevo en la Pradera?

P. C.— ¡Hombre, Sr. Marqués... un placer saludarle... ¿Cómo está usted?

V. I.— Puez yo eztoy muerto; como uzté. ¿Ez que no lo zabe? Aquí ezamos todos muertos.

P. C.— Ya empezamos... Bueno, y diga... ¿Así que sigue usted manco?

V. I.— Zí, por defender a una princesa de un dragón fue. Uzté, que es hombre culto lo zabrá. Fue cuando iba de Ayudante de aquel Caudillo, en ejército de tierra caliente.

P. C.— Ya, ya... pero... ¿no le dejaron traerse el brazo aquí?

V. I.— ¿Y a uzté no le dejaron traerze el pelo?

P. C.— Ya... bueno, vamos a dejarlo, que tampoco es cuestión de empezar con mal pie por estos pagos. Bien, ya que está usted de portero, aquí en la Pradera, haga el favor de ir a avisar al clásico universal de guardia.

DANTE ALIGHIERI.— ¿Quién clama por el alba y laurel del Renacimiento?

P. C.— Un servidor, signore Alighieri, un místico musulmán. Sólo quiero saber qué pensión me van a pagar aquí, y de qué alojamiento puedo disponer. Le advierto que no vengo de habitar chozas.

V. I.— ¡Carayo, con el murciano ezte, ze cree...!

P. C.— El Copón, Sr. Marqués, el Copón de Bullas. No me vaya usted a minusvalorar. Y, bueno señor laureado, de lo mío qué.

D. A.— Pues no me quedan arcos de círculo de embudo con vistas a la Gloria.

P. C.— Deje usted los embudos para mi paisano Ibn Arabí, que fue el que los inventó. Además, a mí las glorias es que no... a mí con que me dé, Sire, algo con vistas al monte y a la huerta... ¡eso sí, a poniente no! que luego en verano es que no hay quien aguante, ¿sabe?

V. I.— ¿Uzté no eztaba aquella noche bohemia bajo las luces de Madrid? Lo veo yo a uzté de tabernero perdulario y anarquista.

P. C.— Estar, estar... lo que se dice estar, no estaba. Pero, vamos, he estado luego, cada vez que leía su admirable drama, Maestro.

V. I.— Puez yo, por más que me hice la fantazma por todo el valle del Zangonera, hablando y hablando con Eliodoro Puche, un bohemio de Lorca que yo vide en Madrid y que quería zalir en su obra... uzté no noz vio. Que malgazté yo una vuelta a la Tierra para ezo.

P. C.— ¿Yo...? Sería el Macero, que sólo pensaba en la liebre. ¿Se disfrazaron ustedes de liebre?

D. A.— Se va a tener que conformar. Micer Cobos, con una azotea-desván, en la tangente que da a la ciudad de Marraquech. Tiene monte, huerta y desierto.

P. C.— No me diga usted más. Me la quedo... y, oiga... ¿puedo mirar el desierto?

V. I.— Puede uzté mirar lo que quiera, hidalgo. Pero antes tiene uzté que pazar a ver a Don Miguel de Cervantes, que quiere tener unaz palabritaz con uzté, a cuento de no zé qué componendas que ze ha atrevído uzté a hacer en su obra...

P. C.— ¡Anda, ya se ha enterao...! Bueno, pues dígame, ya que vuelve a la Pradera, que con mucho gusto, que cuando le rellene aquí al poeta-alba y laurel del Renacimiento-estos formularios, escritura de mi alojamiento y fe de óbito para mi pensión, me acercaré a saludarlo.

D. A.— Antes de acudir a la cita deberá usted relevar en portería a Don Ramón María hasta que le pase la vez a otro literato de mérito que acuda. Quede en paz.

P. C.— ¿Que me quede yo de portero? Con las ganas que tengo yo de esfisar por aquí, a ver qué es esto... la Pradera ésa y todo lo demás... ¡Anda y que entre el que quiera... que de tó tie que haber...! ¡Hasta en los Campos Elíseos!